



EL SIGLO DE ÁFRICA

Las medidas acertadas que se tomen ahora garantizarán la prosperidad de África subsahariana en el mundo posterior a la COVID

Abebe Aemro Selassie

Viajemos en el tiempo al año 2081: El actual boom demográfico en la mayoría de los países de África subsahariana probablemente habrá convertido a muchas de las economías de la región en algunas de las más grandes y dinámicas del mundo.

¿Meramente ilusiones? Quizá. Pero hace 30 o 40 años no mucha gente habría pensado que algo así sucedería con China, India, Indonesia o Turquía.

Para que esta visión se cristalice, tres factores revisten suma importancia:

- La transición demográfica que está en curso: Para 2050, muchos países de África subsahariana estarán entre los pocos cuya población en edad de trabajar estará en aumento. Esto traerá consigo mucha inversión y demanda de consumo, que impulsarán sin duda importantes innovaciones.
- La actual revolución digital, que ofrece un amplio margen para difundir conocimientos técnicos, nuevas oportunidades empresariales y suministro más eficiente de servicios.

- La eficacia con que las economías de la región gestionen la transición a una economía de bajas emisiones de carbono y las consecuencias adversas desencadenadas por el cambio climático.

Hoy por hoy, en medio de los desafíos sin precedentes de la pandemia, imaginar este futuro resulta difícil. Pero es un futuro alcanzable si se tiene en cuenta el enorme potencial de la región, y esa ha de ser la meta a la que apunten las políticas.

Los desafíos a muy corto plazo son innegables. Las tasas de vacunación están muy a la zaga de las tasas de los países de alto ingreso, con un promedio de alrededor de 2½% de la población en los diferentes países de África subsahariana a comienzos de octubre de 2021. La mayoría de los países de la región disponen de un espacio fiscal limitado para atender las necesidades de inversión, y las perspectivas de crecimiento a corto plazo aún están por debajo de las proyecciones previas a la pandemia.

Por ahora la atención está centrada, como es lógico, en hacer frente a estos desafíos a corto plazo, pero nuestras prioridades no deben perder de vista el potencial a largo plazo de los países. Las reformas económicas y estructurales transformadoras, en combinación con importantes sumas de financiamiento externo concesionario, serán necesarias para recuperarse de la pandemia y sacar máximo provecho del potencial a largo plazo.

Aprovechar al máximo el dividendo demográfico

Según las proyecciones, de aquí a aproximadamente 2050 la población de África subsahariana se duplicará, de 1.000 millones a 2.000 millones. Este aumento representará la mitad del crecimiento demográfico mundial, y la población en edad de trabajar crecerá más rápido que cualquier otra franja etaria. Estas proyecciones —que no son uniformes en todo el continente— deben contextualizarse teniendo en cuenta la tendencia opuesta en las economías avanzadas, cuyas poblaciones en general están envejeciendo, formando una pirámide de población invertida y registrando un decrecimiento poblacional si se excluye la inmigración.

Esta tendencia quizá sea la mayor oportunidad que tiene la región. Representa una cantera creciente de talento e ingenio humanos que, desplegados en un mercado de gran tamaño, son motores históricamente importantes del dinamismo económico. Pero claro, esto no es algo que se pueda dar por sentado; será necesario adoptar políticas astutas para garantizar que el potencial sea aprovechado.

Invertir en capital humano será crucial. Aunque las circunstancias de los países difieren en la región, las

medidas implican sobre todo ofrecer a una población en aumento más oportunidades de educación de alta calidad, tanto primaria como secundaria, y desarrollar la educación terciaria a fin de atender las necesidades de los sectores en crecimiento. También implican aumentar la inversión en atención de la salud, incluido un acceso más amplio a diversas vacunas (tal vez por medio de centros de producción regionales), garantizar acceso generalizado al menos a un nivel mínimo de servicios de salud y favorecer la planificación familiar.

Acelerar el suministro de servicios de salud y educación no será tarea fácil. Hay que construir infraestructura.

Nuestras prioridades no deben perder de vista el potencial de los países a largo plazo.

Hay que formar profesores, médicos y otros proveedores de servicios, y también hay que formar a los propios formadores. Dada la velocidad de los cambios demográficos en muchos países, el reto se complicará más si las autoridades tardan en actuar. Los planes multianuales serán vitales, y deben abordar la disyuntiva entre la necesidad de invertir para ampliar los servicios hasta su plena capacidad y la de dar prioridad a la prestación de servicios a corto plazo.

Estas inversiones cobran aún más importancia durante una recuperación tras la COVID-19. La pandemia ha incrementado la presión a la que están sometidos los centros de salud en la mayoría de los países africanos. Al mismo tiempo, la educación de los jóvenes se ha visto perjudicada por el distanciamiento social y la escasa capacidad para el aprendizaje a distancia dado el acceso limitado a herramientas de comunicación digital, particularmente en zonas rurales, que es donde mucha gente trabaja. Cerrar las brechas de género en cuanto a acceso a educación y oportunidades laborales también facilitaría la transición demográfica (al reducir la fecundidad) y elevaría la productividad.

No basta con preparar a la próxima generación. Debe haber correspondencia entre quienes ingresan en el mercado laboral y las oportunidades de empleo; los buenos empleos deben multiplicarse no solo para abarcar una mayor proporción de la población existente, sino también para mantenerse a la par del aumento incesante de gente que busca empleo. Para hacer frente a estos desafíos se puede recurrir al potencial del sector privado. Las autoridades deben fomentar un clima empresarial favorable para el crecimiento y promover la inversión del sector privado. Esto incentivaría mucho la acumulación de capital que es necesaria para complementar la creciente oferta de mano de obra.

La digitalización en África

La difusión mundial de nuevas tecnologías promete nuevas oportunidades. Las reformas y la infraestructura digitales ayudarán a la región a dar un gran salto: reforzarán la resiliencia y la eficiencia, ampliarán el acceso a los mercados mundiales, mejorarán el suministro de servicios públicos, incrementarán la transparencia y la rendición de cuentas y fomentarán la creación de nuevos empleos.

La digitalización brinda oportunidades para mejorar la eficiencia y la transparencia del gobierno (y por ende la gestión de gobierno). Ejemplos de lo primero son los servicios para declarar impuestos y crear empresas electrónicamente, la digitalización de la administración aduanera y la asistencia social mediante dinero móvil. La transparencia puede mejorarse con la publicación de información en línea, la participación electrónica y la automatización de la entrega de servicios (lo cual reduce las interacciones personales que pueden propiciar actos de corrupción). Estas oportunidades podrían generar confianza, incrementar la recaudación y mejorar la calidad del gasto.

Los rápidos avances tecnológicos en los ámbitos de la automatización, la inteligencia artificial y las comunicaciones también están transformando drásticamente la naturaleza del sector privado. La velocidad de los cambios quizá implique que las trayectorias convencionales de desarrollo —una progresión que empieza con las manufacturas livianas y avanza hacia niveles cada vez más sofisticados— dejen de ser viables o convenientes. En cambio, es probable que servicios como la tercerización de procesos comerciales, el

comercio electrónico y las tecnofinanzas adquieran más protagonismo. Las tecnofinanzas, por ejemplo, podrían fomentar el crecimiento y la inclusión financiera al prestar servicios a clientes previamente desatendidos, pero teniendo cuidado de contrarrestar los riesgos para la estabilidad financiera. En términos más generales, la digitalización promueve el espíritu de empresa al permitir que los negocios crezcan rápidamente con menos capital físico y una huella geográfica más reducida. Sin embargo, la automatización y la inteligencia artificial podrían ejercer una presión a la baja sobre la proporción de la renta del trabajo si en lugar de realzar la mano de obra la reemplazan, lo cual podría reducir la demanda de trabajadores.

Al igual que con el dividendo demográfico, invertir en capital humano es fundamental. En la educación, el aprendizaje de los estudiantes tendrá que incorporar desde muy temprano la tecnología de la información; las escuelas vocacionales y de educación terciaria tienen que poner acento en las aptitudes técnicas necesarias para aprovechar el fenómeno de la digitalización. Un aspecto de este fenómeno puede ser útil: el aprendizaje en línea. Con acceso a estos recursos, los jóvenes en África subsahariana podrían superar los límites de la estructura educativa de sus países mientras la región se desarrolla.

Si no se invierte en infraestructura clave, el impacto de la digitalización —incluso en países donde el fenómeno está más avanzado— será limitado, y existe el riesgo de que la élite acapare las ventajas en lugar de que todos se beneficien de ellas. La infraestructura básica para generar energía y suministrar electricidad fiable a los hogares a precios razonables es un prerrequisito vital. Además, para brindar acceso a Internet de alta velocidad a un segmento amplio de la sociedad se necesitarán cables submarinos con capacidad para un ancho de banda suficiente e infraestructura de telecomunicaciones que permita la interconexión en todo un país. Esto debe complementarse con un sector de telecomunicaciones debidamente regulado que cobre precios competitivos y asequibles para los consumidores.

Gestionar los riesgos del cambio climático

El cambio climático representa una gran amenaza para muchos países de la región. El impacto varía según el país: algunos están sufriendo sequías; otros se enfrentan a un aumento del nivel del mar, ciclones e inundaciones; y la mayoría tienen que hacer frente a aumentos de las temperaturas y precipitaciones anómalas. Pero algo que los países de África subsahariana tienen en común es que su resiliencia climática es limitada y que disponen de pocos mecanismos de respuesta, además de que

Una alianza de 60 años

Este año el Departamento de África del FMI celebra su sexagésimo aniversario. El departamento se fundó en 1961, es decir 17 años después de la conferencia de Bretton Woods, en respuesta a las necesidades de una multitud de países africanos recientemente independizados. A lo largo de los años el conjunto de herramientas del FMI ha evolucionado de varias maneras importantes, pasando del apoyo para necesidades de balanza de pagos a corto plazo a retos a más largo plazo, y ampliando considerablemente el acceso al financiamiento concesionario y las iniciativas de fortalecimiento de las capacidades. La labor del FMI en la región nunca ha sido tan intensa como en la crisis de la COVID-19, durante la cual se han desembolsado casi USD 27.000 millones en asistencia financiera a 39 países africanos. Tres cuartas partes de estos préstamos provinieron del Fondo Fiduciario para el Crecimiento y la Lucha contra la Pobreza, el instrumento mediante el cual el FMI concede préstamos sin intereses a países de bajo ingreso.

Para aprovechar estas transformaciones se necesitan inversiones considerables en recursos humanos e infraestructura física.

dependen de la agricultura pluvial. Por eso, el cambio climático está perjudicando la actividad económica en África subsahariana más que en otras regiones.

Resulta fundamental acelerar la adaptación al cambio climático para afrontar estos desafíos. Esto implica focalizar las inversiones en infraestructura, en la gente y en mecanismos de respuesta, lo cual no solo robustece la resiliencia al cambio climático sino que estimula la productividad y reduce la desigualdad. Por ejemplo, cabe mejorar y ampliar los sistemas de riego para proteger los cultivos de la sequía, y reforzar las construcciones y los sistemas de drenaje para protegerse de los ciclones. Las inversiones en salud y educación mejoran la resiliencia física de las personas y las mantienen mejor informadas para hacer frente a los riesgos climáticos. La asistencia social y el acceso al financiamiento ayudan a la gente a construir viviendas más sólidas y a invertir en agricultura adaptada al clima, servicios de salud y educación. Y también sirven como amortiguadores que ayudan a la gente y a las empresas a soportar las repercusiones de un shock. Las políticas macroeconómicas prudentes —incrementar el espacio fiscal, diversificar la economía y adoptar la flexibilidad cambiaria— también amortiguarán el impacto de los shocks climáticos.

Asimismo, la transición mundial a economías con bajas emisiones de carbono acarrea desafíos. Los exportadores de petróleo y gas de la región tendrán que enfrentarse a una merma de los ingresos y de las inversiones conexas. De ahí que sea crucial emprender una rápida diversificación de estas economías con el fin de elevar los ingresos y generar oportunidades laborales inclusivas para poblaciones en rápido crecimiento. Al mismo tiempo, la menor oferta de estos recursos a escala mundial y la presión para usar energía limpia también propiciarán la transición de toda la región a actividades industriales y sistemas de generación de energía más verdes, mediante políticas que abarcan desde las regulaciones financieras hasta las inversiones a gran escala en energía renovable, como la solar y la eólica. Para esto será fundamental facilitar la transferencia de tecnología de las economías más avanzadas, en especial en el contexto de la veloz expansión económica que acompañará al rápido crecimiento poblacional. También aumentarán las presiones para preservar y mejorar los sumideros y reservorios de carbono de la región, para lo cual habrá que renunciar a oportunidades de extracción de madera y minerales.

Encontrar el financiamiento

Para aprovechar estas transformaciones se necesitan inversiones considerables en recursos humanos e infraestructura física. Pero lamentablemente la COVID-19 ha dejado a muchos países de África subsahariana con un espacio fiscal limitado y mayores cargas de deuda.

Las autoridades tienen que desplegar mayores esfuerzos para generar ingresos fiscales, emprendiendo reformas necesarias para garantizar una política tributaria eficiente, una gestión financiera pública integral y transparencia y buena gestión de gobierno. Los bancos multilaterales de desarrollo y los socios en el desarrollo también tienen que apuntalar las iniciativas de financiamiento con donaciones y préstamos concesionarios en la medida de lo posible. La recanalización de los derechos especiales de giro de las economías avanzadas con sólidas balanzas de pago puede servir para proporcionar préstamos a más largo plazo que faciliten esta tarea.

El aumento de la deuda en todos los países del continente en los últimos dos años genera muchas más inquietudes acerca de captar nueva deuda. Ahora es más importante que nunca que los países garanticen que las inversiones financiadas con deuda arrojen buenos rendimientos, y que estén centradas en proyectos de alta calidad respaldados por estudios integrales de factibilidad y procesos de licitación robustos y transparentes.

Horizonte a largo plazo

La respuesta inmediata a la COVID es sin duda la tarea prioritaria, pero para gestionar bien la recuperación no se deben olvidar las tendencias a largo plazo.

Aunque enfrenta desafíos, la región goza de un enorme potencial de crecimiento en los próximos 60 años. Para aprovechar todo este potencial los países deben ampliar el acceso a los ingresos fiscales y elevar al máximo el rendimiento de las inversiones tanto en capital físico —como en infraestructura básica que amplíe el acceso a la electricidad y sea resiliente al clima— como en capital humano. Los socios internacionales deben hacer lo suyo para respaldar estos esfuerzos, proporcionando asistencia técnica y financiamiento.

Pese a las consecuencias adversas y generalizadas de la pandemia, los países de la región deben aprovechar esta oportunidad como un factor catalizador de reformas que sentarán las bases para un siglo de crecimiento inclusivo en el continente africano. **FD**

ABEBE AEMRO SELASSIE es Director del Departamento de África del FMI.